

Clarificando un misterio histórico

Razones de la prolongada oposición

Mis recuerdos

Robert J. Wieland

Hay una razón importante por la que la Asociación General reaccionó como lo hizo a nuestro llamado de 1950 para que publicara una antología de los escritos de A.T. Jones y E.J. Waggoner, lo que se conoce como “el mensaje de 1888”. Si se comprende más claramente la posición de la Asociación General en aquel contexto, será posible disminuir la tensión y facilitar la comprensión mutua. El Señor quiere que estemos en armonía.

“1888 Re-examinado” contenía un llamado a hacer dos cosas: (1) Que se permitiera a la iglesia conocer cuál era realmente el mensaje de 1888 en las palabras de los que fueron sus “mensajeros”: Jones y Waggoner; y (2) Que se permitiera el acceso a los materiales no disponibles de E. White al respecto, de forma que se le diera libertad para expresar en sus propias palabras la manera en que fue recibido el “preciosísimo mensaje”. Treinta y ocho años después White Estate puso a disposición y publicó todo lo que E. White había escrito sobre “1888”, lo que ocupa un libro de 1821 páginas en cuatro volúmenes.

Muchos han deplorado la actitud de la Asociación General ante aquel llamamiento. Quizá el presente artículo pueda ayudar a mitigar ese sentimiento. El lector podrá fácilmente apreciar que, de haberse encontrado en la piel de uno de aquellos hermanos en su momento, muy probablemente, en vista de las evidencias disponibles por entonces, no habría tenido más remedio que reaccionar negativamente, tal como hizo la Asociación General.

Es necesario tener presente nuestra relación con el pastor Arthur L. White, nieto de E. White e hijo de William C. White. En razón de sus lazos familiares y de su herencia espiritual, en los años 50 su juicio era tenido en la más alta estima. Si bien nadie consideraba al pastor Arthur White como a un profeta inspirado, se asumía con toda razón que el conocimiento que él tenía de lo que había escrito su abuela no tenía parangón. Disfrutaba de libre acceso a la Cripta [lugar en el que se conservaba todo el material escrito por E. White pendiente de publicación].

En diciembre de 1949 presencié la enseñanza de

opiniones enfrentadas sobre “1888” en el Seminario Teológico, por entonces situado en Washington DC. Acudí entonces al Departamento E.G. White (por entonces situado en el sótano de las oficinas de la Asociación General) con esta petición: ¿Podría ver por mí mismo lo que ella dijo sobre el controvertido tema de “1888”? “No. No se lo podemos permitir” - me dijo el pastor D.E. Robinson- “Se trata de un asunto muy sensible”.

No desistí de inmediato. Le dije quién era: un misionero en viaje de permiso, presidente de la Misión de Uganda, que conocía a su hijo Virgil, quien era miembro, como yo, del Comité de la Unión de África del Este, etc. Entonces accedió (el pastor Arthur White se encontraba por entonces en Sur-América). El pastor Robinson me trajo entonces un archivo conteniendo cartas y manuscritos de E. White referidos sin ambages a “1888”.

Le pregunté si podía copiarlos. –“Sí, con tal que no los publique”. No tenía intención de hacerlo. Así, llevé mi máquina de escribir transportable y estuve copiándolos hasta las 5 de la tarde. “¿Podría llevármelo a casa esta noche y devolverlo mañana?” –“Oh no; pero puede volver mañana y terminar”.

Al día siguiente decliné volver a dejarme el archivo, pero no me pidió que le retornara las copias que había hecho (vinieron a ser la base de gran parte de lo que posteriormente escribiríamos en un documento privado dirigido a la atención del Comité de la Asociación General: “1888 Re-examinado”).

Me facilitó un archivo del texto mecanografiado de *Testimonios para los ministros*, dándome permiso para copiarlo, pero yo tenía ya el libro. Mientras caminaba bajo la luz de aquel sol invernal tomé la determinación de que si el Señor me ayudaba, llegaría hasta el fondo de la cuestión.

En algún momento de 1958 (en otro viaje de permiso desde África) el pastor Donald K. Short y yo visitamos al pastor White en su despacho. Lo único que ocupaba su mesa era una copia de nuestro manuscrito [“1888 Re-examinado”]. Mientras pasaba una página tras otra, dijo: “No puedo aceptar esto de ningún modo. Ustedes afirman que el mensaje de

1888 fue rechazado, pero mi padre [el pastor W.C. White] me dijo que fue aceptado. Hermanos, ustedes no estuvieron presentes en la Asamblea de Minneapolis en 1888, mientras que mi padre sí estuvo”.

Donald K. Short no replicó. Se produjo un tenso silencio, que me sentí en necesidad de romper. Le respondí (y eso es todo cuanto logro recordar): “Tenemos un gran respeto por la memoria de su padre. Pero si existiera una diferencia entre lo que dijo su padre y lo que dijo su abuela [E. White] respecto a 1888, deberíamos aceptarla a ella como autoridad”. No sé, después de todos los años pasados, qué más pude haber dicho.

Años después fui invitado a dirigir una semana de oración en Pacific Press, en Idaho. Cierta día estaba en el despacho del pastor Don Mansell (quien había formado parte del equipo del “Ellen G. White Estate” en la Asociación General). Me preguntó: “¿Le dijo usted al pastor White que su padre era un mentiroso?” La pregunta me dejó estupefacto, y le referí los hechos tal como acabo de expresar en los párrafos precedentes. Me dijo entonces: “Comprendo”.

Nuestro llamamiento y manuscrito de 1950 resultaban para el pastor Arthur White un asunto muy doloroso. Habíamos escrito muy seguros de nuestra posición: los dirigentes de la iglesia mantuvieron “en gran medida” el mensaje alejado de nuestro pueblo [*Mensajes Selectos*, vol. I, p. 276], y privaron al mundo del “mensaje que Dios ordenó” que se proclamara [*Testimonios para los ministros*, p. 91 y 92]. El hecho de que lo sustentáramos con citas de E. White resultaba perturbador para su nieto. Su corazón era leal a los reverenciados dirigentes de la obra y a los hermanos de la generación de su padre. Para un conservador no era bien recibida la idea de que fuera necesario arrepentirse por “1888”, y constituía una terrible descortesía hacia los dirigentes de la iglesia por parte de dos hombres jóvenes.

En una visita a nuestros padres en Florida, durante aquel mismo permiso desde África, me invitó a su casa el pastor L.A. Hansen, quien había sido director de la revista *Life and Health*. El pastor Hansen me había conocido desde la niñez, y vivía ahora jubilado en Orlando. Dijo tener “algo para mí”. Lo que tenía era una copia en papel carbón de un discurso mecanografiado que E. White dirigió el 16 de marzo de 1890 a un grupo de hermanos dirigentes en Battle Creek. No tenía otra referencia de manuscrito excepto la fecha, evidenciando que era uno de aquellos documentos “huérfanos” de E. White que solían circular entre individuos particulares.

En el sermón E. White afirmaba llanamente que “no hubo recepción” del mensaje de 1888 en Min-

neapolis, “y no ha habido recepción aquí” (en Battle Creek). Aquel pastor jubilado había sabido de mi interés por investigar “1888” y quiso sencillamente ayudarme.

Algún tiempo después Donald K. y yo estábamos en Washington, reunidos en una sub-comisión que estaba dilucidando nuestra relación con la Asociación General. Se volvió a suscitar la cuestión de si debía permitírse nos “continuar en la obra”. No sólo habíamos escrito “1888 Re-examinado” hacía ocho años, sino que además habíamos escrito ahora una refutación de 70 páginas a la publicación de la Asociación General titulada, “*Una nueva valoración de ‘1888 Re-examinado’*”. En esta última se insistía una vez más en que los dirigentes aceptaron el mensaje. Sugería que habíamos hecho un uso deshonesto de los escritos de E. White al hacer ver que ella creía que el mensaje había sido mantenido en gran medida alejado de la iglesia y del mundo. Tiempo después supimos que el pastor White había sido el autor de aquel documento. Los hermanos nos explicaron que se preguntaban si es que estábamos planeando “declarar la guerra” a la Asociación General (no lo estábamos). ¿Debían permitirnos regresar nuevamente al África y permanecer en el ministerio?

En las deliberaciones, leí aquella declaración relativa a que “no hubo recepción” del mensaje de 1888 al grupo del comité reunido. El pastor White replicó inmediatamente: “La referencia, por favor”. Le respondí todo cuanto sabía: “Sermón, Battle Creek, 16 de marzo de 1890”.

Por aquel tiempo, aprovechando que estábamos nuevamente en casa, de permiso desde el África, asistía al seminario como estudiante en la clase que daba el pastor White sobre Dirección Profética. Un día me pidió que me quedara al acabar la clase. El pastor White había buscado en la Cripta aquella declaración que leí en el comité, y no la había encontrado. “Cuando leyó esa cita al comité, casi me caigo de la silla”, me dijo, “pues nunca la había oído con anterioridad. ¿Dónde encontró ese documento? ¿Puedo verlo?” Lo llevaba conmigo y se lo di. Sentí cierta intranquilidad: ¿resultaría ser una falsificación?... Pero la evidencia interna parecía indicarme claramente que el documento era genuino. Nadie, excepto E. White, podría haber expresado con un lenguaje tan vívido la forma en que Cristo “había agotado todas las flechas de su aljaba” conteniendo con los dirigentes de la Asociación General que estaban determinados a oponerse a aquel “preciosísimo mensaje”, el comienzo de la lluvia tardía y el fuerte pregón. Me parecía que ningún falsificador habría podido escribir con aquella fuerza. Le expli-

qué al pastor White cómo me había llegado aquel documento.

Algunos días más tarde volvió a llamarme al término de una clase. “El documento estaba allí. La razón por la que no lo encontré antes es por ser el segundo de dos documentos, y por estar oculto tras el primero. Nunca antes lo había visto”, me dijo. “Su nomenclatura es Ms. 2, 1890”, confirmó.

Durante todo ese tiempo los dirigentes de la Asociación General estaban perplejos, puesto que el pastor White insistía en que no podía ser cierto lo que habíamos afirmado en “1888 Re-examinado”, relativo a que el mensaje de 1888 había sido rechazado “en gran medida”. La posición era que se lo había aceptado, y que “nosotros” -como iglesia- lo teníamos y proclamábamos como nuestra indiscutible posesión (en nuestro llamado habíamos afirmado que esa pretensión evidenciaba el orgullo laodicense, el auto-engaño de ser ricos y estar enriquecidos, y de no tener necesidad de ninguna cosa, como describe Apocalipsis 3:17). ‘No hay necesidad alguna de arrepentimiento por “1888”’, se nos aseguraba; y las obras aún no publicadas de E. White así lo vendrían a confirmar. ‘Vuestro llamamiento es despectivo hacia la dirección de la iglesia, así como hacia los reverenciados hermanos que pasaron al descanso’. Así lo aseguraba el pastor Arthur White, y los dirigentes lo seguían, manteniendo su misma posición. Hay que comprender que sentían que no podían obrar de otra forma distinta a esa.

Puesto que se lo sabía el más completo conocedor, de entre todos los que vivían, de los escritos aún sin publicar que alojaba la Cripta, ¿cómo podían los hermanos de la Asociación General dar crédito a dos ingenuos misioneros jóvenes destinados en África, en contra de la voz del nieto de la profetisa? (el pastor White desconocía que mientras se encontraba en Sur-América se había cambiado temporalmente el reglamento durante una o dos horas en aquel día de diciembre de 1949, concediéndoseme el privilegio de copiar documentos aún sin publicar, que no verían la luz hasta su publicación oficial en esas 1821 páginas, 38 años después).

En justicia hacia la Asociación General es necesario comprender que significábamos para ellos una dura prueba. Escribíamos y hablábamos con aquella firme confianza, debido al privilegio que habíamos tenido de leer aquellas cartas y manuscritos no publicados que en su contexto aclaraban fuera de toda duda que el mensaje de 1888 había sido rechazado “en gran medida” por los anteriores dirigentes de la Asociación General.

No debemos condenar a los hermanos de la Aso-

ciación General de 1950 por rechazar aquello que vino después a convertirse en una evidencia indiscutible, tanto de parte de E. White como de la historia. Sencillamente no lo sabían. Haremos bien en humillar nuestros propios corazones y procurar aceptar más ávidamente la verdad que brilla ante nosotros. Pero podemos seguir generación tras generación, siglo tras siglo, en la confusión relativa al significado de la “lluvia tardía” y de su mensaje acompañante del fuerte pregón, así como a la verdad del trato que se les dio.

El pastor Willie White clarifica el asunto

Es cierto que E. White tenía en alta estima a su hijo, el pastor William C. White. Fue un consagrado consejero para sus hermanos, así como un eficiente administrador. Pero antes de su muerte E. White tuvo cumplida evidencia de que su hijo no poseía el discernimiento del Espíritu de Profecía que procede de Dios. El don no se transmitía ciertamente de forma hereditaria, y el propio pastor Willie White hizo pública confesión de ello.

En 1895-96 W.W. Prescott estaba en Australia de visita. Cierta día llegó a Sunnyside el correo procedente de América conteniendo cartas del presidente de la Asociación General, el pastor O.A. Olsen, quien hablaba de grandes reavivamientos en Battle Creek. Según eso la oposición habría revertido o disminuido mucho, habiéndose aceptado el mensaje. Harmon Lindsay y A.R. Henry (cuya oposición había sido manifiesta) estaban dando ahora buenos sermones en las reuniones campestres, y estaban conociendo “una nueva experiencia”.

En un sermón dado el 25 de noviembre de 1905 en Lincoln, Nebraska, el pastor W.C. White describió la experiencia: “Nos alegró sobremanera [a él y a Prescott] la lectura de aquellas cartas. Nuestro gozo fue desbordante, y nos unimos en alabanza al Señor por aquellos informes tan positivos. Imagínese cuál no sería mi sorpresa al atardecer del día siguiente, cuando mi madre [E. White] me dijo que había estado escribiendo a aquellos hombres de quienes habíamos recibido informes tan favorables... [palabras] de la más severa crítica... las más profundas reprobaciones... que jamás se escribieran a aquel grupo de hermanos. Eso constituyó una gran lección para mí” (*Spalding-Magan Collection*, p. 470).

E. White escribió al pastor Olsen su versión de aquel incidente, que revela la comprensión que ella tenía de las limitaciones de la percepción de su hijo. E. White discernía que esos reavivamientos en Battle Creek eran superficiales, y los informes engaño-

sos (la versión Evangélica de la justificación por la fe procuraba reemplazar al mensaje de 1888). En referencia a aquel arrepentimiento superficial, escribió: “Las ramas más altas [de la oposición] se cortaron, pero las raíces fueron dejadas en tierra para que produjeran su fruto impuro”. En Sunnyside el entusiasmo de Prescott y de su hijo Willie “me alarmaron. Si esos hombres no pueden ver las consecuencias del asunto, pienso, cuán desesperanzada la labor de hacérselo ver en Battle Creek. Ese pensamiento se clavó como un cuchillo en mi corazón” (*Carta*, 25 mayo 1896, Spalding-Magan Collection).

El pastor Arthur White probablemente nunca supo acerca de aquel incidente de 1896, y con toda seguridad los hermanos de la Asociación General lo ignoraban por completo. Oponerse a “1888 Re-examinado” era lo razonable, lo único que podían hacer.

Por cierto, cuando la institución “White Estate” publicó por primera vez aquel sermón del 16 de marzo de 1890 como *Manuscript Release* N°. 253, una nota a pie de página afirmaba que la declaración de la “no recepción” era un error...

www.libros1888.com